RCMOS – Revista Científica Multidisciplinar O Saber.
ISSN: 2675-9128. São Paulo - SP.
Año VII, vol. 1 2026 | Envío: 02/07/2026 | Aceptado: 05/07/2026 | Publicación: 08/07/2026

Narraciones de Historias en Tiempos de Inteligencias Artificiales: en busca de sentidos para el vivir y la experiencia humana

Contações de Histórias em Tempos de Inteligências Artificiais: em busca de sentidos para o viver e a experiência humana

Storytelling in Times of Artificial Intelligence: in search of meanings for living and human experience

Maria Cristina Sagário – Universidade Federal de Uberlândia, mcsagrio@ufu.br – Pós - doutoranda em História Social no Programa de Pós-Graduação em História (PPGHIS) da Universidade Federal de Uberlândia.
Sérgio Paulo Morais – Universidade Federal de Uberlândia, sergio.paulo@ufu.br - Docente do Programa de Pós-Graduação em História (PPGHIS), na linha de pesquisa em História Social, da Universidade Federal de Uberlândia.

Resumen:
Este artículo reflexiona sobre el papel de los narradores de historias y de las inteligencias artificiales en la contemporaneidad. Para ello, establece un diálogo entre la canción Cérebro Eletrônico, de Gilberto Gil, la noción de pensamiento en René Descartes, la concepción de narrativa en Walter Benjamin y la reflexión sobre la oralidad en Paul Zumthor. A partir de este diálogo, la práctica de contar historias se comprende como intercambio de experiencias y ejercicio de pensamiento que promueve la socialización del individuo por medio de la narrativa. El texto también moviliza las contribuciones de Karl Marx y György Lukács para discutir la constitución del ser social en su dimensión colectiva ante la emergencia de los algoritmos, articulando creación narrativa, lenguaje y mundo del trabajo.

Palabras clave:
Pensamiento. Narrativas. Inteligencias artificiales. Experiencias. Trabajo.

Resumo:
Este artigo reflete sobre o papel dos narradores de histórias e das inteligências artificiais na contemporaneidade. Para isso, estabelece um diálogo entre a canção Cérebro Eletrônico, de Gilberto Gil, a noção de pensamento em René Descartes, a concepção de narrativa em Walter Benjamin e a reflexão sobre oralidade em Paul Zumthor. A partir desse diálogo, a prática de contar histórias é compreendida como partilha de experiências e exercício de pensamento que promove a socialização do indivíduo por meio da narrativa. O texto também mobiliza as contribuições de Karl Marx e György Lukács para discutir a constituição do ser social em sua dimensão coletiva diante da emergência dos algoritmos, articulando criação narrativa, linguagem e mundo do trabalho.

Palavras-chave:
Pensamento. Narrativas. Inteligências artificiais. Experiências. Trabalho.

Abstract:
This article reflects on the role of storytellers and artificial intelligence in contemporary society. To this end, it establishes a dialogue between the song Cérebro Eletrônico, by Gilberto Gil, René Descartes' notion of thought, Walter Benjamin's conception of narrative, and Paul Zumthor's reflection on orality. Based on this dialogue, the practice of storytelling is understood as the sharing of experiences and an exercise of thought that promotes the socialization of the individual through narrative. The text also draws on the contributions of Karl Marx and György Lukács to discuss the constitution of social being in its collective

dimension in light of the emergence of algorithms, articulating narrative creation, language, and the world of work.

Keywords:
Thought. Narratives. Artificial intelligence. Experiences. Work.

El cerebro electrónico y sus limitaciones.

En la canción «Electronic Brain», compuesta e interpretada por Gilberto Gil en 1969, se aprecia la preocupación, incluso entonces, por lo que podría distinguir al ser humano de las máquinas. La canción puede entenderse como una reflexión estética que anticipa hipótesis centrales del debate contemporáneo sobre tecnología, inteligencia artificial (IA) y el ser humano. Lejos de limitarse a una crítica superficial del avance técnico, la música se inscribe en una concepción del pensamiento que cuestiona los límites entre la racionalidad instrumental y la experiencia humana, entre el procesamiento lógico y la conciencia reflexiva.

Al abordar la posibilidad de un «cerebro» mecánico y artificial, la canción problematiza la distinción entre operación técnica y pensamiento. En este sentido, el texto poético sugiere una diferencia esencial entre la acción programada, dependiente de comandos y estímulos externos, y el pensamiento humano, entendido como una actividad centrada, atravesada por la memoria, la historicidad y la afectividad. La máquina opera según patrones e instrucciones; el ser humano, a su vez, interpreta, atribuye significado y transforma la experiencia en narrativa.

Esta distinción traslada el debate de un plano meramente funcional —¿de qué es capaz la máquina?— a un plano cognitivo y existencial. ¿Qué significa pensar? Así, la canción problematiza y anticipa una crítica a la concepción de la inteligencia como simple procesamiento de información, ya que, bajo el control de nuestro cerebro, somos capaces de realizar diversas acciones, como caminar, hablar y ver, cosas que las máquinas, con sus cerebros electrónicos, no pueden hacer. Al evocar dimensiones como la emoción, la autoconciencia y la espontaneidad comunicativa, el texto reafirma que el ser humano no se agota ante una lógica operacional.

Desde esta perspectiva, "Electronic Brain" puede interpretarse como una comparación de los riesgos de equiparar la inteligencia con el rendimiento técnico. Al generar esta tensión, la canción contribuye a un debate que se intensifica hoy en día ante la inteligencia artificial generativa: si las máquinas simulan el lenguaje y producen narrativas, ¿hasta qué punto esto equivale a experiencia, intención o consciencia? La respuesta que sugiere la canción indica que existe una diferencia fundamental entre simulación y experiencia, una diferencia que sigue

siendo central en los debates filosóficos y culturales sobre la tecnología actual. La canción problematiza:

> El cerebro electrónico lo hace todo.
> Lo hace casi todo. Lo hace casi todo.
> Pero es mudo.
> El cerebro electrónico manda. Ordena y desobedece. Es el que está al mando. Pero no camina. Solo yo puedo pensar. Si Dios existe. Solo yo. Solo yo puedo llorar cuando estoy triste. Solo yo.
> Yo, aquí con mis pensamientos
> de carne y hueso, hablo y escucho. Hmm. Pienso y puedo. Puedo decidir si vivo o muero, ¿por qué? Porque estoy vivo
> . Vivo . Para un perro, y sé
> que ningún cerebro electrónico puede ayudarme en mi inevitable camino hacia la muerte, porque estoy vivo, estoy muy vivo, y sé que la muerte es nuestro impulso primitivo, y sé que ningún cerebro electrónico puede ayudarme con sus botones de hierro y sus ojos de cristal – (Gil, 1969)

Como ya se ha señalado, al afirmar que el «cerebro electrónico lo hace casi todo», pero es «mudo» y «no camina», la letra establece una distinción fundamental entre la eficiencia operativa de la máquina y la experiencia existencial del ser humano. El yo poético contrasta con el aparato tecnológico, reivindicando la capacidad de pensar, sentir, decidir y reconocer su propia finitud. De este modo, pensar, llorar, elegir entre vivir o morir se presentan como actos que trascienden el automatismo y remiten a la autoconciencia. La máquina puede ejecutar órdenes complejas; el ser humano, sin embargo, sabe que vive y que morirá, reconociendo así una de las grandes angustias que solo experimentan los seres vivos: la muerte. Es en esta conciencia de su propia condición de existencia y finitud donde reside su singularidad.

Esta reflexión dialoga directamente con el pensamiento de René Descartes, quien, en 1637, en su obra «Discurso del método», formuló la famosa máxima «Pienso, luego existo». Ante un mundo marcado por la duda y la incertidumbre, Descartes identificó en el acto de pensar la primera prueba irrefutable de la existencia. Al dudar de todo, el sujeto descubre que no puede dudar de que piensa y, por lo tanto, de que existe.

Así, tanto en la música como en la filosofía cartesiana, la libertad de pensamiento aparece como fundamento de nuestra existencia y como rasgo distintivo del ser humano. En un contexto contemporáneo marcado por el avance de la IA , esta distinción se vuelve aún más provocadora: si las máquinas calculan, procesan datos, simulan el lenguaje y el razonamiento, sería legítimo preguntarse: ¿Podría la IA algún día superar los límites que actualmente consideramos insuperables y que constituyen para nosotros uno de los referentes de nuestra

existencia? Las preguntas no solo permanecen abiertas, sino que se intensifican ante las transformaciones tecnológicas que reconfiguran los significados mismos del pensamiento y la existencia.

Es precisamente en este punto donde la figura del narrador cobra protagonismo. A diferencia de la máquina, que organiza datos y combina patrones narrativos mediante comandos algorítmicos [1]—vivimos en la era algorítmica—, el narrador recupera, a través de sus acciones, recuerdos, experiencias y emociones. Sus narraciones no se reducen a una mera disposición textual, sino que constituyen un acontecimiento vivo, atravesado por silencios, respiraciones, vacilaciones y afectos. De este modo, establece una relación única con quienes lo escuchan, pues estas personas, como receptores, también utilizarán todos sus sentidos para absorber los mensajes emitidos por el narrador.

Por lo tanto, si en el "Discurso del método" (1637), René Descartes argumenta que existir es pensar, la práctica de contar historias amplía esta idea: existir es también narrar, compartir significados y simbolismos a través de la imaginación, transmutar el pensamiento de un ejercicio solitario en una experiencia colectiva.

En un contexto marcado por el avance de la inteligencia artificial y la consolidación de una era algorítmica, en la que las máquinas, al ser activadas por *comandos* , son capaces de concebir tramas y simular voces narrativas, la narración oral reafirma la singularidad de la experiencia humana no solo como facultad cognitiva, sino como evento relacional. A diferencia de la generación algorítmica de textos, la narración oral constituye una práctica impregnada de memoria, corporalidad y afectos, en la que el acto de narrar no se limita a la transmisión de contenido, sino que implica compartir presencias, experiencias y sentimientos.

Así, más que producir historias, el narrador transforma la experiencia en significado compartido, convirtiendo lo imaginario en palabra viva y creando un espacio para la escucha y la coautoría simbólica. Es en esta organización donde la memoria individual y las experiencias

[1] Los algoritmos son lenguajes matemáticos creados para procesar datos, realizar cálculos, tomar decisiones automatizadas y ejecutar tareas específicas. «Los algoritmos son un componente clave del aprendizaje automático y de los modelos de IA generativa. Además de ayudar a las máquinas a "aprender" de los datos, también se utilizan para optimizar la precisión de los resultados y tomar decisiones o hacer recomendaciones basadas en los datos de entrada» (LEAL, p. 10, 2026). Aunque desarrollados por humanos, los algoritmos desempeñan un papel fundamental en la organización, selección y distribución de la información en las plataformas digitales contemporáneas. La expresión «era algorítmica» se refiere al período histórico en el que los algoritmos han mediado cada vez más en la vida social, económica, cultural y política, influyendo en todo, desde el acceso a la información hasta los patrones de consumo, la comunicación y la interacción social. En este contexto, las decisiones automatizadas y los sistemas de recomendación se convierten en elementos centrales de la experiencia diaria de las personas (Ibid., 2026).

RCMOS – Revista Científica Multidisciplinar O Saber.
ISSN: 2675-9128. São Paulo - SP.
Año VII, vol. 1 2026 | Envío: 02/07/2026 | Aceptado: 05/07/2026 | Publicación: 08/07/2026

colectivas se entrelazan que la narrativa humana se distingue, no como una mera organización de datos, sino como una construcción del mundo, continuamente (re)creada en el encuentro entre el narrador y el oyente.

Así, como se puede observar, tanto en la canción/poesía como en la filosofía cartesiana, el pensamiento aparece como la base de nuestra existencia, siendo un rasgo característico del ser humano. Sin embargo, al trasladar este análisis al ámbito de la oralidad y las narrativas, se hace evidente que el pensamiento trasciende un acto lógico o puramente racional. En la tradición de la narrativa oral, el pensamiento implica también una acción compartida, una sabiduría acumulada y refinada por experiencias individuales y colectivas; moviliza en su práctica elementos sensoriales, afectivos y sociales que favorecen la reflexión, la meditación y la experiencia. En este contexto, el pensamiento no es meramente una operación mental abstracta, sino una práctica encarnada y relacional.

> [...] la verdadera narración [...] siempre contiene, a veces de forma latente, una dimensión utilitaria. Esta utilidad puede consistir en una lección moral, una sugerencia práctica, un proverbio o una regla de vida; en cualquier caso, el narrador es alguien que sabe dar consejos. [...] El narrador extrae lo que relata de la experiencia: su propia experiencia o la de otros. E incorpora lo narrado a la experiencia de sus oyentes. (Benjamin, 1985, pp. 200 y 201)

Es en este contexto donde las reflexiones de Walter Benjamin, especialmente en el ensayo «El narrador» (1985), esclarecen el debate. Al argumentar que la verdadera narración siempre tiene una dimensión práctica, Benjamin distingue la experiencia compartida de la mera información inmediata. Para el autor, el narrador no transmite datos aislados, sino experiencias densas, sedimentadas en el tiempo, imbuidas de sabiduría y abiertas a la interpretación, ya sea a través de consejos, enseñanzas morales o una guía implícita para la vida; el narrador se nutre de su propia experiencia o de la de otros que se ha convertido en suya para lo que relata, entrelazando su memoria con la de sus oyentes.

Al poner esta perspectiva en diálogo con la inteligencia artificial, la distinción se vuelve aún más significativa, ya que, al ser estimuladas e impulsadas, *las IA* son capaces de organizar datos, reconocer patrones, producir textos narrativos coherentes e incluso contar historias; sin embargo, no extraen de su experiencia lo que narran. Actúan mecánicamente, desprovistas de emociones, y no porque hayan vivido u observado lo que relatan. Si para Benjamin la autoridad del narrador surge de la experiencia compartida, la producción algorítmica revela otro régimen de elaboración narrativa: informativo, estadístico y combinatorio.

RCMOS – Revista Científica Multidisciplinar O Saber.
ISSN: 2675-9128. São Paulo - SP.
Año VII, vol. 1 2026 | Envío: 02/07/2026 | Aceptado: 05/07/2026 | Publicación: 08/07/2026

De este modo, la narrativa constituye un espacio privilegiado para la construcción compartida, en el que existir y pensar no se disocian de la experiencia vivida y transmitida, una dimensión que desafía los modos automatizados de generación de historias y sitúa la singularidad del narrador como sujeto que porta y propaga experiencias de vida en el centro de este debate.

> La narración, que durante tanto tiempo floreció en un entorno artesanal —en el campo, en el mar y en la ciudad—, es en sí misma, en cierto sentido, una forma artesanal de comunicación. No busca transmitir la «esencia pura» de lo narrado como información o un simple informe. Sumerge lo narrado en la vida del narrador para luego extraerlo de él. Así, la huella del narrador queda impresa en la narración, como la mano del alfarero en la arcilla del jarrón. (Ibid., p. 205, 1985)

En este movimiento, entre los narradores y sus relatos, la narración no se realiza de manera imponente, dirigida o controlada, sino que emerge naturalmente en el horizonte tanto de quien la reproduce como de quien la escucha, generando reflexiones, continuidades y (re)elaboraciones en sus pensamientos.

Oralidad, experiencia y desempeño narrativo

Por lo tanto, la narración constituye una práctica histórica y colectiva: un espacio privilegiado donde vivir, pensar y transmitir la experiencia se articulan de manera inseparable, configurando la narración como una forma de construir significado para la vida. «Nuestros "sentidos", en el sentido más corpóreo de la palabra —vista, oído— no son solo herramientas para registrar, sino órganos del conocimiento. Ahora bien, todo conocimiento está al servicio de los vivos, a quienes permite perseverar en su ser» (Zumthor , p. 81, 2007).

Según Zumthor (1993), la oralidad no se limita al uso de la voz en contraposición a la escritura; constituye un modo de transmisión y ejecución del lenguaje en el que la presencia del cuerpo, la voz, la situación de enunciación y la interacción entre emisor y oyentes participan en la producción de significado. El texto oral se configura como un evento performativo, variable y actualizado con cada ejecución. Por esta razón, una historia nunca será narrada de la misma manera por un narrador.

Así, Paul Zumthor (2007) subraya que la oralidad no se reduce a la transmisión de contenido, sino que constituye un acontecimiento que implica performance, corporalidad y presencia. La voz narrativa no funciona simplemente como vehículo de un mensaje: establece un evento sensible, situado en el tiempo y el espacio, en el que el cuerpo, los gestos y la escucha

se entrelazan, produciendo significados que emergen de la interacción entre narrador, narración y oyentes. Cada performance es, por lo tanto, única e irrepetible, ya que se construye en las circunstancias concretas del encuentro y en la experiencia compartida entre quienes narran y quienes escuchan.

En este sentido, si bien los sistemas de inteligencia artificial son capaces de estructurar tramas complejas y generar narrativas formalmente coherentes, no reproducen plenamente la dimensión performativa de la narración. Marcada por la respiración, el ritmo, la improvisación y las emociones que surgen del encuentro entre narrador y oyentes, esta dimensión trasciende el contenido verbal y se inscribe en una experiencia humana compartida, construida históricamente a través de la transmisión de historias, recuerdos y conocimientos entre generaciones.

En este contexto, las presiones diarias y la sobreproducción de datos e información tienden a empobrecer la experiencia, reduciendo el tiempo de vivir al tiempo de hacer. Al descuidar gestos simples, como el acto de mirar con atención, renunciamos a una dimensión contemplativa fundamental para la constitución del ser humano. Después de todo, como destaca Byung-Chul Han (2015) en sus reflexiones en "La sociedad del agotamiento", donde el autor nos alerta sobre los efectos de una lógica social orientada al rendimiento, la productividad incesante y la aceleración continua, necesitamos "aprender a ver significa 'acostumbrar el ojo al descanso, a la paciencia, a dejarse acercar a sí mismo', es decir, permitir que el ojo preste una atención profunda y contemplativa, una mirada pausada y prolongada" (p. 28). La capacidad de "permitir la mirada" es una acción posible solo para los seres humanos y no para las máquinas con su visión e inteligencia artificiales.

Así, en una época marcada por la intensificación de las tecnologías digitales y la expansión de la inteligencia artificial, la concepción, ya de por sí actualizada, de "vivir" vuelve a ser cuestionada. A medida que la ejecución de tareas, decisiones e incluso prácticas profundamente simbólicas, como el arte ancestral de contar historias, se delegan progresivamente a las máquinas, existe el riesgo de transferir a los dispositivos lo que constituye la dimensión más elemental de la experiencia humana: vivir como presencia, reflexión y compartir.

Al dotar de funciones a las máquinas para que lo hagan todo por nosotros, paradójicamente, podemos vaciar nuestras propias vidas. Este proceso tiende a debilitar el pensamiento crítico, a embotar nuestra sensibilidad hacia el mundo que nos rodea y a reducir nuestra capacidad de observar, escuchar y atribuir significado a las experiencias individuales y colectivas. Así, perdemos la posibilidad de la pausa, ese respiro necesario de las presiones

cotidianas, que nos conduce, con serenidad, a prácticas ancestrales como escuchar y contar historias: un espacio privilegiado para la elaboración simbólica, la memoria y la construcción de significado.

En este choque entre el "pensamiento" mecánico y el pensamiento humano, resulta crucial observar cómo la racionalidad algorítmica no solo organiza las tareas, sino que también influye y, en ocasiones, anula la propia acción humana. Se multiplican los titulares que destacan la creciente dependencia emocional de las máquinas: muchas personas encuentran en la interacción con algoritmos un intento de superar la soledad u obtener orientación para sus elecciones y decisiones. Sin embargo, lo que está en juego no es solo el uso instrumental de la tecnología, sino una reconfiguración del lugar que ocupan la escucha, la orientación y el intercambio de experiencias.

Es precisamente en este punto donde la figura del narrador adquiere una renovada centralidad. A diferencia del algoritmo, que opera mediante correlaciones estadísticas y simulaciones lingüísticas, el narrador ofrece presencia, memoria y experiencia encarnada. Su relato no se limita a responder a órdenes, sino que surge de sus vivencias u observaciones; es capaz de establecer vínculos afectivos concretos con sus oyentes. Si las máquinas pueden producir enunciados coherentes, el narrador crea encuentros; si el algoritmo sugiere respuestas, el narrador comparte significados. En un escenario donde muchos tienden a delegar el consejo a las inteligencias artificiales, reafirmar el valor de la narración humana es también reafirmar la dimensión ética y social del acto de contar y escuchar historias.

Entre la eficiencia y la vida: el trabajo en la era de los algoritmos

Como ejemplo, recientemente se publicó un titular titulado: "'PIB fantasma' y desempleo masivo: las predicciones apocalípticas de un texto de IA que se viralizó y asustó a los mercados", donde varias acciones de empresas tecnológicas (las del sector del *software)* se desplomaron después de que una IA hiciera predicciones catastróficas sobre el futuro, informa:

> El texto que se viralizó habla de un «PIB fantasma», la idea de que la inteligencia artificial aumentará la productividad e incluso el tamaño de algunas economías, pero que, al mismo tiempo, provocará desempleo masivo al reemplazar a los humanos. Por lo tanto, este aumento de la riqueza sería meramente ilusorio. [...] Según los autores, la inteligencia artificial causaría desempleo masivo entre los trabajadores de cuello blanco —aquellos involucrados en la administración y la gestión—. La productividad de las empresas aumentaría drásticamente, ya que los robots serían más eficientes que los trabajadores, dado que los agentes de IA *«no duermen, no se ausentan por enfermedad y no necesitan seguro médico* ». (GALLAS, 2026 – Énfasis añadido)

RCMOS – Revista Científica Multidisciplinar O Saber.
ISSN: 2675-9128. São Paulo - SP.
Año VII, vol. 1 2026 | Envío: 02/07/2026 | Aceptado: 05/07/2026 | Publicación: 08/07/2026

Por lo tanto, es crucial señalar que el informe no solo describe la sustitución de tareas humanas por máquinas, sino que también destaca la aparición de narrativas producidas por inteligencia artificial capaces de influir en las decisiones y reorientar la propia acción humana. No se trata simplemente de automatización técnica, sino de una racionalidad algorítmica que comienza a impactar el ámbito social y afectivo, moldeando expectativas, generando inseguridad y reconfigurando la percepción del futuro. El « pensamiento maquínico », al proyectar escenarios de mayor productividad y desempleo masivo, se convierte en una mediación concreta de la acción humana, generando efectos materiales reales en los mercados e impactos subjetivos en los trabajadores.

En una sociedad capitalista, esta dinámica se intensifica a medida que la fuerza de trabajo se concibe principalmente como una mercancía, cuya disponibilidad continua tiende a prevalecer sobre las necesidades vitales de los individuos: descanso, ocio, tiempo libre y bienestar. La valoración se desplaza de la vida en su totalidad a su capacidad para producir y generar ingresos. Como se destaca en el informe, las inteligencias artificiales “no duermen, no se ausentan por enfermedad y no necesitan seguro médico” (Gallas, 2026, s.p.), lo que demuestra cómo la lógica productivista exalta el rendimiento ininterrumpido como un ideal de eficiencia. En este contexto, el parámetro de comparación deja de ser el ser humano concreto, situado y finito, y se aproxima a un modelo de máquina de funcionamiento continuo, profundizando la tensión entre las exigencias del capital y las condiciones reales de la existencia humana. Karl Marx sostiene que:

> [...] el capitalista logra la combinación de los factores de producción objetivos y personales, en la medida en que estos factores consisten en mercancías. Si el dinero se transforma primero en capital productivo, o si funciona primero para su poseedor como capital monetario, entonces este debe adquirir primero los medios de producción —lugares de trabajo, maquinaria, etc.— antes de adquirir la fuerza de trabajo; pues tan pronto como esta pasa a estar bajo su control, *los medios de producción deben estar disponibles para que pueda ser utilizada como fuerza de trabajo* . Así se presentan las cosas desde la perspectiva del capitalista. (Marx, 1985, p. 28)

Así, cuando el titular enfatiza que los robots serían "más eficientes" porque "no duermen, no se toman días libres por enfermedad y no necesitan seguro médico", bajo este parámetro, la vida humana, con sus ritmos, limitaciones y necesidades, pasa a concebirse como un obstáculo.

Es en este contexto donde se establece simbólicamente una especie de guerra entre máquinas y humanos, no como un conflicto armado literal, sino como una tensión estructural en torno al significado de la acción y el valor de la existencia. Como observa Georg Lukács,

RCMOS – Revista Científica Multidisciplinar O Saber.
ISSN: 2675-9128. São Paulo - SP.
Año VII, vol. 1 2026 | Envío: 02/07/2026 | Aceptado: 05/07/2026 | Publicación: 08/07/2026

«hoy, la lucha por la paz o la guerra se ha convertido en el eje de toda práctica humana en el presente. Sus consecuencias ideológicas se manifiestan, lenta y contradictoriamente, en todos los ámbitos del pensamiento, el sentimiento y la creación» (Lukács, 2020, p. 5). Así, la exaltación de la máquina como ideal de eficiencia no solo reorganiza el mundo del trabajo, sino que también reconfigura silenciosamente los criterios con los que entendemos al ser humano.

De esta forma, los seres humanos pasan a ser evaluados según los parámetros de las máquinas y sus algoritmos, como si su dignidad pudiera traducirse en métricas de rendimiento. La objetivación ya no se limita al proceso de producción: se infiltra en el ámbito de la conciencia, en la medida en que el trabajador internaliza la lógica de la máquina como parámetro para sus acciones. El «pensamiento» mecánico, guiado por índices de eficiencia y productividad estrictamente cuantitativos, convierte las experiencias, las relaciones y las capacidades humanas en datos calculables. Lo que antes se configuraba como experiencia compartida se reduce a estadísticas; lo que era una expresión de subjetividad se convierte en un indicador de rendimiento.

En una sociedad capitalista, esta dinámica tiende a radicalizarse, ya que la fuerza de trabajo se concibe, ante todo, como una mercancía cuya disponibilidad permanente prevalece sobre las necesidades vitales de los individuos: descanso, ocio, tiempo libre y autocuidado. El enfoque se desplaza de la vida en su totalidad a su capacidad productiva, cuantificable y rentable. Como se señaló previamente en el informe:

> [...] la inteligencia artificial provocaría desempleo masivo entre los trabajadores de cuello blanco —aquellos involucrados en la administración y la gestión—. La productividad de las empresas aumentaría drásticamente, ya que los robots serían más eficientes que los trabajadores, dado que los agentes de IA "no duermen, no se ausentan por enfermedad y no necesitan seguro médico" (Ibid., 2026).

Por lo tanto, para quienes poseen los medios de producción, existe una idealización del desempeño laboral continuo, desprovisto de limitaciones biológicas y sociales. Al naturalizar la lógica de la productividad ilimitada, se oscurecen las dimensiones sensibles, históricas y relacionales que constituyen la vida, reforzando una racionalidad que prioriza la eficiencia a expensas de la experiencia y el tiempo humano.

En este contexto, la delegación indiscriminada de nuestras acciones y decisiones a las máquinas puede acentuar este empobrecimiento, en la medida en que debilita nuestra capacidad de pensamiento, nuestra presencia, nuestra capacidad de escucha y nuestra conexión con nosotros mismos y con los demás. Recuperar la experiencia de la mirada prolongada y, por

extensión, de la escucha atenta, se convierte en un acto de resistencia contra la automatización de la vida y la lógica productivista que caracteriza la actualidad.

En un mundo impulsado por la eficiencia, la velocidad y el rendimiento, la pausa, el silencio y la escucha —elementos centrales de la oralidad— son cada vez más escasos. En este contexto, el narrador no solo transmite historias, sino que también se convierte en un agente de resistencia a la lógica de la aceleración, recuperando el tiempo para la reflexión, la escucha y el intercambio. Ante este panorama, surge la necesidad de reflexionar sobre cómo la narración puede mantener su relevancia y singularidad al tiempo que se adapta a las transformaciones tecnológicas y culturales de la era algorítmica.

Consideraciones finales

La IA ha llegado para quedarse. Las tecnologías digitales y, más recientemente, la inteligencia artificial generativa han transformado profundamente la forma en que creamos, narramos y compartimos historias. Si antes los principales instrumentos del narrador eran su voz, su cuerpo y su experiencia, hoy presenciamos el surgimiento de narrativas mediadas por algoritmos, aplicaciones y robots narradores. En este contexto, el pensamiento ya no parece ser un atributo exclusivo de los seres humanos.

Este cambio puede simbolizarse en la canción de Gilberto Gil, ″Electronic Brain″, que, allá por los años sesenta, intuía el auge de una racionalidad algorítmica capaz de "hacerlo todo, casi todo". Sin embargo, al recordarnos que "es muda", la canción señala una frontera crucial: entre calcular y vivir, entre procesar información y producir experiencia. Así, aunque las inteligencias artificiales expanden exponencialmente las posibilidades de la creación narrativa, la pregunta sigue abierta sobre qué distingue el pensamiento humano —histórico, sensible y situado— del procesamiento algorítmico que lo simula.

El poder de los narradores reside precisamente en su capacidad para movilizar la imaginación del oyente, invitándolo a construir mentalmente escenarios, personajes y atmósferas, al tiempo que elabora mediaciones entre lo real y lo imaginario, lo posible y lo imposible. Se trata de un proceso relacional en el que la narración no se transmite simplemente, sino que se comparte en y a través de la presencia: en la mirada que se encuentra con el otro, en el timbre y el ritmo de la voz, en las pausas, los gestos y el lenguaje corporal. El narrador, de este modo, establece una experiencia sensorial y estética única, constituida en el encuentro y la reciprocidad de la escucha.

Al contextualizar esta práctica en el mundo laboral, se hace evidente su diferencia con la lógica de la productividad que rige gran parte de la actividad contemporánea —centrada en la productividad y la ausencia de pausas—. El storytelling no se somete por completo a los parámetros de eficiencia, aceleración o rendimiento cuantificable; exige tiempo, atención compartida y disponibilidad afectiva, dimensiones que escapan a la racionalidad productivista. En este sentido, la dimensión encarnada de la narrativa, basada en la presencia y el intercambio, afirma una forma de hacer que se resiste a la reducción de la experiencia a resultados cuantificables. En definitiva, el storytelling no es solo un legado del pasado, sino una práctica que continúa generando significado en la era algorítmica.

Es precisamente esta densidad existencial —histórica, sensible y relacional— la que sigue siendo un rasgo distintivo de la experiencia humana y que, hasta la fecha, las inteligencias artificiales no han podido reproducir en toda su complejidad. Si bien pueden generar textos y simular voces, carecen de la inserción concreta en el entramado de las relaciones sociales y el tiempo vivido que constituyen el trabajo humano como una actividad significativa y generadora de significado.

En este contexto de coexistencia entre prácticas ancestrales y tecnologías emergentes, la cuestión central no se limita a la competencia técnica en la producción de textos, sino que reside en el estatus de la experiencia que sustenta el acto de narrar. Las prácticas ancestrales se entienden como la transmisión oral de historias, recuerdos y conocimientos que, si bien se actualizan continuamente en diferentes contextos sociales y tecnológicos, conservan su función de crear vínculos, compartir experiencias y generar significados colectivos. Comprender el papel del narrador en la era algorítmica implica reafirmar el valor de la presencia, la escucha atenta y la implicación emocional en un tiempo en que las narrativas pueden ser generadas por máquinas y difundidas por sistemas basados en datos.

Si bien la inteligencia artificial amplía las posibilidades de crear y difundir narrativas, son los narradores quienes preservan la dimensión ética y relacional de la narración, recordándonos que contar historias es, ante todo, un gesto de compartir y construir significado colectivo. Así, más que una tensión entre humano y máquina, lo que está en juego es la defensa de los narradores y sus historias, observando en esta práctica un espacio donde la experiencia vivida, el vivir y sentir, permanecen insustituibles. Por lo tanto, la cuestión no radica en determinar quién puede contar historias, sino en comprender de dónde surgen y qué significados producen. En la era algorítmica, la singularidad de la narración reside precisamente en esta capacidad de transformar las experiencias vividas en narrativas que fortalecen los vínculos, promueven la escucha y reafirman la dimensión humana de la narración.

REFERENCIAS

BENJAMIN, Walter. *El narrador: Reflexiones sobre la obra de Nikolai Leskov* . En: _____. **Magia y técnica, arte y política:** Ensayos sobre literatura e historia cultural. Traducido por Sergio Paulo Rouanet. São Paulo: Brasiliense, 1987. (Obras escogidas, vol. 1).

DESCARTES, René. **Discurso sobre el Método** . Traducido por María Ermantina Galvão. 2da ed. São Paulo: Martins Fontes, 1996. Disponible en: https://tudosobreopasunb.wordpress.com/wp-content/uploads/2015/10/descartes_discurso_do_mc3a9todo_completo.pdf Consultado el 12 de febrero de 2026.

GALLAS, Daniel. **«PIB fantasma» y desempleo masivo:** las predicciones apocalípticas de un texto de IA que se viralizó y aterrorizó a los mercados. BBC News Brasil, Londres, 24 de febrero de 2026. Disponible en: https://www.bbc.com/portuguese/articles/c14mgr04l3ko . Consultado el 25 de febrero de 2026.

HAN, Byung -Chul. **La sociedad del agotamiento** . Traducido por Enio Paulo Giachini . Petrópolis: Vozes, 2015. Disponible en: https://archive.org/details/sociedade-do-cansaco-byung-chul-han/page/4/mode/1up . Consultado el 20 de febrero de 2026.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich **. Fenomenología del Espíritu.** Petrópolis: Vozes, 1992. Disponible en: https://cabana-on.com/Ler/wp-content/uploads/2017/09/Fenomenologia-do-Espirito-Hegel.pdf . Consultado el 25 de febrero de 2026.

LEAL, Rita de Casia Souza; PRETTO, Nelson De Luca. *La humanidad de los algoritmos* . Revista Docência e Cibercultura, 2026. Disponible en: https://doi.org/10.12957/redoc.2026.95321. Consultado el: 9 de junio de 2026.

LUKÁCS, Georg. **La destrucción de la razón** . Traducido por Bernard Herman Hess, Rainer Patriota y Ronaldo Vielmi Fortes; revisado por Ester Vaisman y Ronaldo Vielmi Fortes. São Paulo: Instituto Lukács, 2020. Disponible en: https://www.marxists.org/portugues/lukacs/1954/mes/91.pdf . Consultado el 2 de marzo de 2026.

MARX, Karl. **El capital** : una crítica de la economía política. Libro I. 2ª ed. Traducido por Regis Barbosa y Flávio R. Kothe . Introducción de Jacob Gorender. Coordinación y revisión por Paul Singer. São Paulo: Nova Cultural, 1985. 3 vols.

ZUMTHOR, Paul. **La letra y la voz** : "literatura" medieval. São Paulo: Companhia das Letras, 1993. Disponible en: file:///C:/Users/mcsag/Downloads/a-letra-ea-voz-a-literatura-medieval_compress.pdf. Consultado el 13 de junio de 2026 .

ZUMTHOR, Paul. **Performance, Reception, Reading** . Traducido por Jerusa Pires Ferreira y Suely Fenerich . São Paulo: EDUC, 2007. Disponible en: file:///C:/Users/mcsag/Downloads/Paul_Zumthor_Performance_recepcao_leitur.pdf. Consultado el 17 de febrero de 2026.